



Providencia
Vida Buena

Sistema
de Bibliotecas
Públicas

LA BANCA DE LAS PALOMAS

Sebastián Álvarez Riquelme
Segundo lugar



El restaurante cierra en quince minutos. La gente ya está empezando a retirarse. Algunos rezagados piden los últimos tragos antes de que la barra cierre a las diez y media. Estoy pensando en quitarme el delantal y dar por cerrada la noche cuando la veo acercarse. Mi jefa. Viene con esa cara de perdona-pero-no-es-mi-culpa que pone a veces cuando intenta parecer arrepentida. Me mira unos segundos con las manos al frente, las palmas juntas, como suplicando.

—Panchito querido —me dice con tono cariñoso—. ¿Te puedes quedar un par de horas más? Jorge se tuvo que retirar antes y no tengo a nadie que lo pueda cubrir.

—Pero Jorge es lavaplatos. Yo soy mesero —respondo.

—Lo sé. Pero necesito que me apoyes hoy. Te pagaré las horas extras, obvio.

—Pero—

—¡Gracias, gracias!

Me quedo viéndola alejarse, pasando por las últimas mesas que quedan con comensales, avisando a los rezagados que ya es hora de irse. Me aguanto las ganas de gritarle un par de verdades. Miro hacia atrás. La Cami me está mirando mientras se ríe.

—¿De qué te ríes? Siempre me pide a mí. ¿Por qué no te pide a ti que te quedes, para variar?

—Hey, no te descargues conmigo. Además, tengo una hija. No puedo quedarme —responde, quitándose el delantal y sacándome la lengua.

Tiene razón. De todos los que trabajamos en el restaurante, soy de los pocos que no tiene a nadie esperándolo en la casa. La idea me trae recuerdos tristes, así que prefiero no darle muchas vueltas. No me gusta quedarme hasta tan tarde, pero bueno, al menos las lucas extra me vendrán bien.

El cerro de platos de la cocina se encarga de quitarme el optimismo que las lucas extra me habían dado. Cuando termino de lavar todo, el local ya está vacío. Solo quedamos Pato —otro lavaplatos—, la jefa y yo.

—Hasta mañana —le digo, saliendo.

—Chao, Panchito. Buenas noches —responde. Me mira con cara distraída y continúa revisando papeles.

Afuera hace un frío de esos que te congela las manos y te hace correr la nariz. Cruzo la calle hacia la Plaza Pedro de Valdivia. Ya no puedo tomar metro a esta hora,

así que tendré que irme en micro. Los autos pasan rara vez por Pedro de Valdivia o Bilbao y la plaza parece más oscura de lo normal. Camino junto a la pileta. En una banca hay una mujer que parece vivir en la calle, envuelta en una manta gris manchada y gastada. Está rodeada de palomas. Les lanza migas de pan con paciencia cariñosa, como si cada una tuviera nombre y esperara su turno. No hay nadie más alrededor.

—Buenas noches —digo, casi sin pensar. Solo una cortesía.

—¿Son buenas realmente? —la pregunta me pilla desprevenido.

—Supongo que no tanto. Fue un día largo. ¿Usted está bien?

—Estoy bien, gracias. Las palomas están con hambre hoy. Ya no viene mucha gente a sentarse a la plaza.

—Durante el día vienen hartos jóvenes.

—Sí, pero ellos andan más preocupados de sus teléfonos que de las palomas.

—Es verdad... —respondo, dudando si continuar la conversación.

Abro la aplicación en mi celular para ver dónde viene la micro. Está a cinco minutos. La mujer continúa su ritual, sacando migas de pan y lanzándolas lentamente.

—Ya viene la micro que me sirve. Buenas noches —intento no parecer descortés. Me sonrío.

Esa noche me cuesta dormir. No por falta de cansancio ni por el frío. Por alguna razón, me quedo pensando en la mujer de la banca y en las palomas.

Al día siguiente, me despierto y veo un mensaje de mi jefa en mi teléfono: “Jorge se enfermó. ¿Puedes cubrirlo después de tu turno por esta semana?”. Respondo que sí, sin pensarlo mucho. Será otro día largo.

Y efectivamente, lo es. Después de atender mesas durante horas, me toca lavar otro cerro de platos junto a Pato. Varios de la cocina ayudan, pero igual se acumula trabajo hasta pasada la medianoche. Salgo del restaurante y cruzo la plaza por el lugar de siempre hacia Pedro de Valdivia para tomar la micro. La mujer está sentada en la misma banca. Las palomas la rodean mientras ella las alimenta con calma.

—Buenas noches —la saludo, acercándome.

—¿Lo son?

—Al menos no está tan helado como ayer —respondo.

Ella me observa y se acomoda las mantas. Me quedo mirándola. Es una mujer anciana, quizás de unos ochenta años. Tiene el cabello cano y largo, escondido a medias bajo un gorro de lana. La nariz redonda, los ojos pequeños y claros. Algo en su rostro me recuerda a las abuelitas de los libros antiguos de cuentos para niños. No sé bien por qué, pero mirarla me da calma.

Miro mi celular nuevamente. La micro que me sirve no pasará hasta una media hora más.

—¿Puedo sentarme? —le pregunto.

—Me imagino que sí. No se ve tan viejo como yo —responde bromeando.

—Es algo tarde para alimentar palomas —digo, mientras me siento a su lado—.

¿Siempre está aquí a esta hora?

—No siempre. Solo cuando me necesitan.

—¿Las palomas?

—Sí, ellas también.

La miro, confundido. Nos quedamos un tiempo en silencio.

—Me llamo Francisco. Pero me dicen Pancho. ¿Y usted? —rompo el silencio.

—Inés.

El silencio nos envuelve nuevamente. Las luces de un auto que pasa por la calle nos iluminan.

—Antes no vendían carne aquí —dice, mirando hacia el restaurante.

—¿En el restaurante?

—En el cine —responde, con voz suave—. Las palomas solían comerse las cabritas que la gente botaba al salir. Mi marido me decía que por eso las llaman Palomitas. Nunca le creí mucho, pero me hacía sonreír.

Se me había olvidado. El restaurante antes era un cine. Abrió cuando mi mamá era una niña, creo.

—¿Usted vio alguna película ahí? Yo era chico cuando cerró.

—Sí. Vi varias películas en ese cine. Ahí di mi primer beso también —dice sonriendo, mientras parece mirar más allá del cine.

Nos quedamos un buen rato conversando. Me cuenta sobre su marido Ernesto. Se conocieron en el Cine Pedro de Valdivia y ahí se dieron su primer beso. Fue en el estreno de La Pérgola de las Flores, en el año sesenta y cinco.

No me doy cuenta de cómo pasa el tiempo. Cuando miro la hora ya ha pasado la una de la madrugada. Me despido y corro a tomar la micro.

Los días pasan. Jorge sigue enfermo y yo sigo haciendo horas extra para reemplazarlo. Antes de salir, aprovecho de llevarme algunos panes que sobraron para dárselos a las palomas. Los iban a botar, de cualquier forma. Cuando salgo, voy a la banca y converso con Inés. Hablamos de varios temas. Finalmente, me atrevo a preguntarle.

—¿Por qué está en la calle, señora Inés? ¿Qué pasó con Ernesto?

Inés hace una larga pausa mientras mira en dirección al restaurante. Me mira, con los ojos llorosos.

—Ya no vivimos juntos —responde, después de un rato.

—Oh. Lo siento mucho. ¿Y no tiene dónde vivir? ¿Necesita ayuda?

—Es muy amable usted. Ya estoy acostumbrada a mi situación, gracias. ¿Y usted tiene familia? —me dice, evadiendo mi pregunta.

Los recuerdos me atormentan. Por unos segundos dudo si contarle. No hablo de esto con nadie. Nunca le he contado a nadie, de hecho. Sin embargo, Inés me entrega una calma que normalmente no encuentro en otras personas. No sé bien por qué le cuento. Pero lo hago.

—Tengo una hija. Pero no la veo desde hace años. Vive en el sur, con su mamá.

—¿Y por qué no la va a ver?

—Con mi ex no estamos en buenos términos. Yo me porté mal, para ser honesto. Dudo que me quiera ver.

Nos quedamos pensativos un buen rato mientras le lanzamos migas de pan a las palomas. Finalmente, Inés habla.

—Pensándolo bien, sí hay algo en que me podría ayudar —dice.

—¿Sí? Claro. Dígame en qué.

—Es sobre Ernesto...

Inés me cuenta su historia, saltándose grandes secciones de tiempo y enfatizando ciertos momentos más que otros. Se casaron a los pocos años de conocerse. Tuvieron cuatro hijos y fueron muy felices por varios años. Eran muy cercanos y hacían todo juntos. Ernesto vive acá en Providencia en un edificio frente a la municipalidad. Le gusta salir a la plazoleta frente a su edificio a tomar sol en las tardes, después del almuerzo.

—¿Usted podría ir a verlo por mí y contarme cómo está?

—Hm. Sí, claro. ¿Pero no prefiere que la lleve a usted a verlo, mejor?

—No, mijito. Gracias. ¿Pero sí puede ir a verlo?

Sus ojos están llorosos. No la presiono a que me cuente más. Solo asiento con la cabeza y nos quedamos en silencio.

Al día siguiente voy antes del turno. Me bajo de la micro cerca de la municipalidad y camino con las manos en los bolsillos, sintiéndome un poco tonto. No sé muy bien qué hago aquí. No soy pariente de Ernesto. No me conoce. No lo conozco. Ni siquiera sé su apellido. Solo soy un mesero que una mujer de una banca mandó a mirar a un viejo tomando sol.

Lo encuentro donde Inés dijo que estaría. Está sentado en una plazoleta pequeña, frente a un edificio antiguo, con una manta sobre las piernas y una gorra azul. Sus cejas blancas y frondosas se ocultan tras la visera. A su lado hay una mujer de unos cuarenta y tantos años y una niña de no más de ocho. La niña sostiene una bolsa de pan y lanza pedacitos al suelo. Un grupo de palomas se reúne a sus pies.

—De a poquito, Emilia —le dice el viejo—. Si les tiras todo de una vez, se pelean.

La niña obedece. Parte un trozo de pan con sus dedos chicos y lo deja caer. Una paloma se acerca dando saltitos.

—Esa es la Valiente —dice Ernesto.

La niña se ríe.

—Abuelo, todas se llaman Valiente según tú.

—No. Esa se llama Valiente. La otra de allá se llama Reina. Y esa gris de más allá, la que camina como si fuera dueña de la plaza, se llama Inés.

Me quedo quieto. La mujer levanta la vista y me mira.

—Hola. ¿Le puedo ayudar en algo?

Pienso en irme sin decirle nada. Me quedo en silencio un momento.

—Perdón. ¿Él es don Ernesto? —digo, finalmente.

La mujer asiente, con cautela.

—Sí. ¿Lo conoce?

—No exactamente. Trabajo en el restaurante de la Plaza Pedro de Valdivia. El que antes era un cine.

El viejo gira la cabeza apenas escucha las palabras.

—¿El cine? —pregunta.

—Sí. Ahora es un restaurante —respondo.

Ernesto sonríe, pero su rostro muestra algo de tristeza.

—Ahí daban buenas películas —dice.

—Eso me contaron.

—Y malas también —agrega, mirando a la niña. Ella se ríe.

No sé qué más decir. Miro a la niña partiendo migas de pan. Miro las manos del viejo sobre la manta. Son manos delgadas, manchadas, pero tranquilas.

—¿Usted iba mucho? —pregunto.

Ernesto tarda un poco en responder. La mujer a su lado me mira con desconfianza.

—Con mi señora, hace muchos años —dice al fin.

La mujer baja la mirada. La niña sigue alimentando palomas.

—Ella decía que las palomas nunca olvidan dónde les dieron comida —continúa.

Se queda callado. Después sonríe apenas, su mirada fija en las palomas.

—Escuché que a las cabritas del cine les llaman Palomitas porque a las palomas les gusta comerlas —rompo el silencio, apuntando a las palomas.

La niña sonríe.

—¿Es verdad, abuelo? —le pregunta.

Ernesto me mira. Sus ojos brillosos. La mujer se levanta y le toma la mano a la niña.

—No, hija. Es solo algo que dicen. Creo que ya es hora de que volvamos a la casa. ¿Vamos, papá?

Ernesto sigue mirándome. Me da la impresión de que quiere decirme algo, pero las palabras no salen de su boca. Intenta levantarse. La mujer le ayuda.

—Perdón, no quise interrumpirlos. Tengo que ir a mi trabajo. Fue un placer conocerlos. Tengan una buena tarde.

Ernesto me mira mientras me alejo. Sigo caminando, algo nervioso. Emilia se despide moviendo su mano de un lado a otro. Las palomas salen volando cuando se retiran.

Mientras camino voy mirando pasajes en mi celular. No sé qué le diré a mi ex. Espero poder encontrar las palabras correctas. O quizás solo las palabras necesarias.

Después de terminar el turno, salgo hacia la plaza. Me dirijo a la banca, esperando encontrar a Inés, pero en cambio solo encuentro a una única paloma gris. Está echada sobre la banca. Cuando me ve acercarme, sale volando. Me quedo observándola alejarse. Me gustaría poder contarle que ya compré el pasaje al sur. El bus sale mañana a las nueve.